



# EL SALON DE CONFERENCIAS

DEL

**CONGRESO**

(FRAGMENTO DE LA NOVELA INÉDITA **MAXIMINA**).

POR

**ARMANDO PALACIO VALDÉS.**

Aunque sin mucha afición á la política, Miguel trabajaba con asiduidad en el periódico. La atmósfera revolucionaria se había condensado bastante y ningun jóven podia sustraerse á su influencia febril y turbulenta. El conde de Rios fué desterrado á las Baleares á la postre. Mendoza, de la noche á la mañana, desapareció de Madrid dejando una carta á su amigo Miguel, en que le decía que se escapaba porque tenía noticia de que la policía le iba á echar mano, y rogándole se encargase de la direccion del periódico. No poca risa le causó al hijo del brigadier la tal carta, pues estaba bien convencido de que el gobierno no se acordaba para

nada del pobre Brutandov. Se encargó no obstante de la dirección efectiva de *La Independencia*, ya que la aparente en aquellos calamitosos tiempos de persecución pertenecía siempre á un testaferrero. Y para cumplir debidamente su cometido comenzó á frecuentar los denominados círculos políticos, y muy especialmente al salón de conferencias del congreso de los diputados, que era entonces, lo es ahora y seguirá probablemente siendo la oficina donde se elabora la felicidad del país. Así que al pisarlo por vez primera no pudo reprimir un sentimiento de respeto y veneración. Al ver el movimiento y la agitación que allí reinaba, nuestro héroe no pudo menos de comparar aquel salón y los pasillos, que lo circundan, á una gran fábrica. Muchedumbre de obreros con sombrero de copa, van, vienen, entran, salen, se saludan, se codean: en el rostro llevan impresa la huella de los altos cuidados que les agitan. Algunos se sientan delante de los escritorios y escriben con mano febril cartas y más cartas; de vez en cuando se pasan la mano por la frente y exhalan un suspiro de fatiga y quizá de dolor por verse obligados, en aras del interés del Estado, á negar un destino á algún elector poderoso, que no lo merece. Otros salen del salón de sesiones y se sientan en un diván á meditar acerca del discurso que acaban de oír, ó se acercan á algún grupo y discuten acaloradamente lo que por una modestia, que les honra, no han querido discutir en la sesión. Otros se arriman al quicio de una puerta y esperan ansiosos el paso de algún ministro para recomendarle un asunto de interés general para la familia. Todo esto le recordaba á Miguel el trajín, el ruido y la actividad prodigiosa que había tenido ocasión de observar en una fábrica de fundición de hierro allá en Vizcaya. Allí como aquí los hombres se movían presurosos en direcciones contrarias, marchando cada cual á su fin: iban algo peor vestidos y enseñaban un cuello y un pecho más tostados que debían estarlo los de los representantes del país; pero esto consistía en que hacía más calor en la fábrica que en el salón de conferencias.

En vez de cartas y otros documentos los hombres llevaban allí barras de hierro candente en las manos que se entregaban unos á otros, lo mismo que los diputados se entregan sus papelitos.

Ni se crea que en el salón de conferencias hace frío; nada de eso. En cada una de sus cuatro esquinas hay una gran chimenea donde arden añosos y secos troncos, que el país previsor aparta

para que sus representantes no se hielen. Además los hornos de cook encendidos en los sótanos despiden columnas de aire tibio por algunas bocas abiertas en el suelo: las alfombras, las cortinas, los ventiladores y mánparas hacen finalmente que la temperatura, no sea ni fria ni extremadamente calurosa. Indudablemente el sistema de calefaccion está mejor entendido en el salon de conferencias que en la fábrica de Vizcaya. A lo largo de sus paredes hay anchos y cómodos divanes donde los diputados y los periodistas, que los ayudan en la improba tarea de salvar al país, pueden descansar algunos momentos. Y si quieren refrescarse ó restaurar las perdidas fuerzas hay tambien una cantina donde la nacion proporciona gratis á sus procuradores agua y azucarillos en abundancia, y mediante módico precio jamon, pavo, pasteles, jerez, manzanilla y otras viandas y bebidas. Inteligentes y solícitos porteros los despojan apenas entran de sus gabanes y los guardan con esmero, para vestírselos despues á la salida á fin de que por modo alguno no se constipen. A Miguel le impresionó vivamente, á su entrada en el Congreso, la sumision y el profundo respeto con que un portero estaba quitando el gaban de pieles á un caballero de luenga perilla blanca, el cual le dejaba hacer con aire grave y displicente inclinando la cabeza á un lado y á otro, como si no pudiera con los pensamientos que la llenaban. Despues tuvo ocasion de ver á este mismo caballero en la cantina tomando unas rajadas de lengua en escarlata; el mismo aire reflexivo, reservado, imponente. Supo con alegria que se llamaba el Sr. Tarabilla gobernador que había sido de varias provincias, jefe superior honorario de administracion civil, presidente en otro tiempo de la junta de clases pasivas, teniente alcalde dos veces del Ayuntamiento de Madrid, presidente en la actualidad de la junta de ganaderos, y secretario que fué de la comision de actas en el Congreso, donde á propósito de la de Becerrea formuló un voto particular que no se llegó á discutir.

Tuvo nuestro héroe una de las mas puras satisfacciones de su vida en conocer á un personaje de tanta cuenta dentro de la politica, y se propuso ir poco á poco y de la misma suerte conociendolos todos. Solía andar de grupo en grupo escuchando atentamente las discusiones entabladas entre los prohombres mas señalados. Era su deber enterarse de sus opiniones y propósitos á fin de dirigir con acierto el periódico. Sorprendiéronle algunos debates familiares; pero muy

particularmente uno á que asistió pocos dias despues de entrar en el salon de conferencias. En el centro de un grupo numeroso y apretado discutian vivamente un ministro y uno de los jefes de la oposicion sobre cierto articulo de la constitucion de 1845 en que se prohibía la pena de confiscacion de bienes. El ministro sostenía que esta prohibicion no era absoluta, y que en el artículo se indicaban las causas por las que un ciudadano podía ser privado de sus bienes: el personaje de la oposicion gritaba como un energúmeno que si lo era tal, que no habia tales causas ni tales carneros. Ambos estaban rojos y á punto de encolerizarse de veras. Por último el ministro preguntó con energía.

—Pero vamos á ver Sr. M\*\*\* ¿ha leído V. la constitucion del 45?

No señor, no la he leído,—ni ganas gritó el Sr. M.\*\*\* furioso. ¿La ha leído V.?

—Aunque no la he leído—repuso el ministro con firmeza—sé que en el titulo primero se señalan las causas para la confiscacion..... Y sinó aquí está el Sr. R\*\*\* que ha sido ministro en aquella época y nos lo puede decir.

El Señor R\*\*\* que era un anciano completamente rasurado, al oír la interpelacion y al observar que todos los ojos se volvían hácia él, sonrió entre malicioso y avergonzado y dijo:

—El caso es, amigo mio, que yo tampoco me acuerdo de haberla leído toda.

En un principio estas discusiones y el conocimiento cada vez mas ámplio de la gran maquinaria política le cautivaron; mas á la postre, despues de haber tenido el honor de conocer de vista y aun de saludar á casi todos los próceres del reino, y de haber aprendido de sus labios no pocos secretos para la gobernacion de los pueblos, tuvo el sentimiento de comprender que empezaba á aburrirse; la mayoria de las tardes preferia coger un libro de Shakspeare de Goethe, de Hegel ó Spinozza y sentarse á leer al lado de su esposa, mientras esta cosía ó bordaba, á pasear por los corredores del Congreso y escuchar las disertaciones del Sr. Tarabilla y de otros notables varones. Y digo que lo averiguó con sentimiento porque una voz interior le advirtió enseguida que no era ese el camino para llegar á la fortuna y la celebridad, sino el que gloriosamente iba recorriendo paso tras paso el Sr. Tarabilla; pero viendo lo mejor, Miguel se empeñaba, sin embargo, en seguir lo peor, por que la humanidad es flaca y las pasiones la

arrastran á menudo á la perdicion. Hasta las tardes en que se dignaba visitar el Congreso, en vez de juntarse á los grupos, abrazar á los diputados; adular á los ministros y emitir su opinion en cuantas cuestiones se suscitasen, dejándose arrastrar de la melancolia, (quizá de la nostalgia de su esposa, su butaca y su Shakspeares se iba á sentar solitario en cualquier divan, y allí pensaba ó dormitaba forjándose la ilusion de que estaba cumpliendo con su deber) miraba con ojos distraidos desfilan el enjambre de diputados, periodistas y aficionados que los secundan, sin que su actividad febril, su agitacion y su anhelo despertasen en nuestro perezoso, el noble deseo de trabajar por el país y contribuir de algun modo á su felicidad. A veces no sabiendo ya en que pensar se entretenía en buscar parecidos entre las personas que veía y otras que habia conocido antes. Llamóle particularmente la atencion un diputado, director de Aduanas, que se parecía como un huevo á otro á cierto pescador de Rodillero á quien apodaban Talin: le habia conocido con motivo bien triste; se le habia muerto un hijo de sarampion y no tenia una peseta en su casa para enterrarle; el pobre Talin tuvo que llevarle en brazos al cementerio y abrir el mismo la fosa. Pocos meses despues pareció Talin en una célebre galerna descrita ya en las novelas ¡Pero cómo se parecía aquel señor diputado á Talin! Habia otro cuyo rostro cuajado de costurones y cicatrices sin cejas ni pestañas perdidas en una enfermedad secreta que le obligaba á ir todos los años á Archena, semejava notablemente al de un pobre minero que habia conocido en Langreo. Trabajaba este en las chimeneas de las minas, pasando todo el día metido en un tubo estrecho que él mismo iba abriendo con trabajo. Un dia se inflamó el gas y le quemó el rostro y las manos horribilmente. Despues tuvo que pedir limosna.

Cuando estas imaginaciones le fatigaban llamaba á Merelo y García y le hacia sentarse á su lado recreándose en oírle referir, con la vehemencia que le caracterizaba, todas las menudencias de bastidores (si no es irreverencia comparar los pasillos del Congreso á los bastidores de un teatro). Era Merelo entónces el fénix de los noticieros de Madrid y la envidia de los demas propietarios de periódicos, que mas de una vez habia tratado de arebátárselo al conde de Rios ofreciéndole el oro y el moro; pero Merelo, con una lealtad nunca bastante loada, y eso que el no cesaba

de loarla, se había mantenido firme rechazando todas las proposiciones que se le hicieron. Ninguno como él para recorrer en un instante una docena de grupos, averiguar lo que hablaban, de lo que habían hablado, y de lo que iban á hablar, deslizarse entre las piernas de los diputados y sorprender los secretos mas intimos y arcanos de la politica, moler á preguntas á los embajadores, atreverse con los ministros, martirizar á los empleados y sacar á cada cual lo que tenía en el cuerpo, unas veces con suavidad, otras casi á viva fuerza. Realmente Merelo y Garcia fué en España el Bautista de esa pléyade ó de jóvenes noticieros que actualmente tanto ilustran nuestra prensa; él fué quien trazó los primeros lineamientos de las conferencias, en forma de preguntas y respuestas que despues se han generalizado tanto. No obstante en tiempo de Merelo, aun estaban en mantillas, y los embajadores chinos ó marroquies no contestaban de un modo tan preciso y categórico como ahora á *los reporters* cuando les preguntan verbi y gracia.

—¿Cuántas horas han tardado ustedes en el viage?—¿Ha podido V. conciliar el sueño?—¿Se ha bajado V. alguna vez al retrete? etc., etc.

Era nuestro Merelo más conocido que la ruda en todos los centros oficiales, y mas temido que el cólera morbo. Cuando se le metía en la cabeza averiguar cualquier cosa, no le arredaban ni las malas caras ni las contestaciones groseras: estaba á prueba de desaires. Se contaba que al salir de una importantísima conferencia diplomática el ministro de Estado, Merelo le abocó preguntándole con la mayor frescura:

—¿Que tal Sr. F\*\*\*, se arregla ó no se arregla lo del tratado?

El ministro le mira con curiosidad y le pregunta:

—¿De qué periódico es V. redactor?

—De *La Independencia*—contesta Merelo muy risueño.

—Bien se conoce por la poca vergüenza que V. tiene—repone el ministro friamente, girando sobre los talones.

El general conde de Rios contaba á sus tertulias con lágrimas de entusiasmo un famoso testimonio que de sus especialísimas dotes había dado Merelo en cierta ocasion. Hallábase este como siempre á perro puesto en una de las puertas del salon de conferencias, olfateando hacia rato alguna noticia, cuando acertó á ver que un portero entregaba al Presidente del Consejo de minis-

tros, un telégrama. Abriólo este, lo leyó con atención y frunciendo la frente lo arrugó despues entre las manos y se salió á paso lento hácia los pasillos.

Merelo toma vientos y le sigue con las orejas tiesas, la mirada ansiosa, las narices abiertas. El presidente se mete en los retretes, Merelo le espera inmovil. El Presidente sale. Entonces se opera en el cerebro de Merelo una de esas revoluciones súbitas y terribles: vacila algunos momentos en seguir al Presidente: pero en aquel punto, le acomete una famosa inspiracion que ha hecho raya en los fastos del noticierismo: en vez de seguir la presa se introduce como un relámpago en los retretes, mira, busca, rebusca.... En el fondo de la vasija de un urinario, hay un papelito azul arrugado. Merelo no vacila y se apodera de él.

Aquella noche insertaba *La Independencia* el siguiente suelto:— «Parece que encuentra dificultades en Roma la preconizacion del Obispo electo de Málaga Sr. N... primo hermano del Presidente del Consejo de Ministros» Leyó este la noticia en la cama y quedó altamente sorprendido; segun confesó despues á sus amigos, pues la noticia de que el Papa se oponía á la preconizacion de su primo se la habra trasmitido el embajador por telégrafo. Dando vueltas á la imaginacion recordó que aquella tarde despues de leer el telegrama una sombra le seguia por los pasillos del Congreso, y le aguardaba á su salida del retrete. El Presidente adivinó de pronto y soltó una gran carcajada—«¡Vaya, buen provecho!»—dijo apagando la luz.

ARMANDO PALACIO VALDÉS.

